

## ENTREVISTA CON ANGEL GONZALEZ

Laura Trejo / Facultad de Filosofía y Letras

Nació en Oviedo en 1925, en donde transcurrió su infancia y gran parte de su juventud: allí inició y dio fin a los estudios de Derecho que hizo compatibles con los del magisterio (profesión que ejerció ocasionalmente); y a escribir en calidad de colaborador de un periódico local.

En 1950 se trasladó a Madrid, donde se tituló en la Escuela Oficial de Periodismo. Residió también, durante poco tiempo, en Sevilla y en Barcelona después de obtener por oposición una plaza en un cuerpo de la administración central. En la actualidad reside en Madrid.

Como poeta, manifiesta tardíamente una temprana vocación, que se remonta a los años de su adolescencia. Su primer libro, *Aspero mundo* (Madrid, 1956) obtuvo un accésit en el premio Adonais, pero su nombre no empieza a ser realmente conocido hasta la aparición de su segundo libro titulado *Sin esperanza, con convencimiento* (Barcelona, 1961); con *Grado elemental* (París, 1962), obtiene el premio Antonio Machado. *Palabra sobre palabra* (Madrid, 1965), breve serie de poemas de amor y *Tratado de urbanismo* (Barcelona, 1967) son sus últimos libros publicados.

La obra de Angel González ha sido traducida fragmentariamente a diversos idiomas y está representada en numerosas antologías españolas y extranjeras. En esta ocasión bajo el título de *Palabra sobre palabra*, se agrupan en un solo volumen todos sus libros editados.

P. ¿Pertenece usted a una tradición literaria poética o, por el contrario, se considera un autor independiente de la tradición, como suele ocurrir en España?

R. Hay una tradición poética moderna en la que me siento incluido, cuyos momentos más significativos pueden situarse en Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, la Generación del 27 y los poetas sociales o testimoniales de la posguerra civil: Celaya, Blas de Otero y José Hierro. Estoy de acuerdo con Dámaso Alonso en que, pese a la diversidad que cada uno de esos momentos representa, existe una trama fundamental que no se ha roto, que de algún modo enlaza y unifica el proceso poético en España en lo que va de siglo.

P. ¿Qué es para usted el poeta?

R. Nadie puede sostener ya entre nosotros la tesis romántica según la cual el poeta es una especie de ser superior que maneja el rayo divino. El poeta es un hombre que trabaja con las palabras. Pero en la poesía hay algo más que palabras, algo que es toda la realidad a la que las palabras nos remiten: ideas, objetos, sentimientos. En ese sentido el poeta es un intérprete, un descubridor de la realidad.

P. ¿Qué diferencia encuentra entre la poesía lírica y la social?

R. No me gusta la expresión "poesía social". En España hizo fortuna, pero su significación nunca estuvo muy clara, incluso para aquellos que la usábamos abundantemente. Cuando nosotros hablábamos de poesía social nos referíamos a una poesía política, o comprometida, o crítica, o civil, o simplemente inconformista. Es una poesía que surgió entre gentes discrepantes con las concepciones políticas y

el *status* social instituido en España después de la guerra civil, y que por caminos muy diferentes reflejaba, en la medida que la censura lo remitía, esa actitud. Frente a ella, se *hizo* una poesía lírica a espaldas de esas realidades sociales, que sólo se planteaba metas estéticas, rechazando toda posible intromisión en el poema de una temática ideológica o de cualquier elemento que distrajese al poeta de sus problemas puramente personales, en el del canto —en el sentido peyorativo de la palabra canto—.

P. ¿Me gustaría saber por qué se considera usted un poeta social; al leer su poesía más que social nos parece íntima, amorosa, con soltura lírica que descuida todo compromiso para fluir sincera, fresca, llena de verdadera emoción?

R. No me considero un poeta social: fui "etiquetado" así por bastantes críticos y aunque no estoy conforme, como ya le dije, con el adjetivo de social aplicado a la poesía que se hizo en estos últimos años en España, acepto esa etiqueta porque me relaciona con una serie de realidades estéticas y no estéticas, con las que me gusta sentirme relacionado. Muchos de mis poemas pueden ser calificados de íntimos y de amorosos, como usted señala justamente. Pero junto a ellos, hay una zona de mi poesía que aborda una temática crítica, ideológica e incluso política. Por otra parte, la guerra civil española, que fue un hecho de gran trascendencia en mi vida, aparece como fondo de mi actitud, y en momentos concretos como materia de algunos de mis poemas. También hay que tener en cuenta que la censura impidió, con bastante eficacia, la manifestación clara de la temática que acabo de señalar. Para salvar ese obstáculo —que, con frecuencia he apelado y sigo apelando—, porque el obstáculo continúa —a símbolos que, si bien en el contexto español resultan bastante claros, es posible que signifiquen nada o muy poco para un lector que no haya vivido los problemas de España. El poema titulado *Intreacto*, por ejemplo, se apoya en la descripción de una situación escénica, pero la acción a la que se está aludiendo verdaderamente no es una representación teatral, sino la

situación de España, tal como yo la veía en los años cincuenta. Finalmente, en la edición en que usted me ha leído, *faltan* algunos poemas que la censura retiró, y que habían aparecido anteriormente, algunos en mi libro editado en París, y otros en publicaciones españolas. Por todo esto que le explico, caí pronto bajo la etiqueta de poeta social, y me vi agrupado con otros poetas que participaban de mis preocupaciones e inquietudes. Junto con ellos defendí, a lo largo de unos años polémicos y confusos, la necesidad de un arte rehumanizado, al servicio del hombre, que participa de todos los problemas y preocupaciones que la historia plantea al hombre.

P. ¿Cuál es la función de un poeta como artista comprometido? ¿Sus limitaciones y posibilidades?

R. Primero tendríamos que limitar el concepto de compromiso. En estos años polémicos se ha tratado de confundir, con mala fe, el arte comprometido con el arte mediatizado. La fidelidad a ideas ajenas, no sentidas como propias, no puede dar más que malos resultados. El artista no sólo debe, sino que no tiene más remedio que estar comprometido con su propia concepción del mundo. El arte no comprometido es una utopía: los que no están comprometidos con nada están comprometidos con la nada. Las limitaciones del compromiso están definidas por el carácter del compromiso, casi siempre.

P. Usted ha hablado de un debilitamiento, de una fatiga en la poesía social española, ¿a qué atribuye este hecho y el que en la Unión Soviética, por ejemplo, la poesía siga floreciendo?

R. Hay razones puramente literarias. El sostenimiento a lo largo de treinta años de la misma temática exige variantes formales. Para mí, es claro que cuando el arte se convierte en repetición deja de ser arte. La literatura española de estos años pasados intentó decir muchas cosas, mejor o peor. Ahora hay bastantes jóvenes a quienes no interesa decir las mismas cosas, o no saben decirlas en un tono realmente creativo. A mi modo de ver, esos

escritores jóvenes se están integrando, al tratar de expresarlo, en un mundo frívolo y deshumanizado. No conozco la literatura que se hace en estos momentos en la Unión Soviética. Pero pienso que el llamado realismo socialista, es, en muchos aspectos, en la Rusia actual, una manifestación conformista. Si es como yo pienso, tal tipo de arte no me interesa.

P. El poeta, dijo usted, debe utilizar su poesía como arma, hemos notado, sin embargo, cierto desencanto en su poesía acerca de la efectividad o eficacia de su arma, recuerdo aquella que dice:

“Para nada ahora  
para nada luego  
humo son mis obras  
ceniza mis hechos

. . .

que se queda con ellos.

Aparte de que como tradicionalmente se ha considerado a la poesía como la captación de un instante, la recreación subjetiva de él, ¿cómo puede ser pues un arma combativa? ¿o es que usted trata de encontrar un nuevo concepto de poesía?

R. Cuando Gabriel Celaya dijo que la poesía “es un arma cargada de futuro” o “una herramienta para transformar el mundo”, estaba haciendo frases y, a la vez, algo más que frases. Estaba subrayando los elementos éticos del arte. Estaba planteándose metas. Estaba tratando de integrar la poesía en la acción. La poesía jamás puede suplir a la acción. Puede eso sí, clarificarla, prestigiarla, estimularla. En ese sentido, claro que la poesía puede ser una arma combativa. Hasta la música, tan evidentemente abstracta, puede ser utilizada como arma. Y no hay que olvidar que la poesía se hace con palabras, es decir, con ideas. En cuanto a la primera parte de su pregunta, debo reconocer que mi poesía está plagada de contradicciones, porque es obra mía, y yo soy un ser contradictorio. Desconfío a veces de la palabra, y manifiesto esa desconfianza con palabras. ¿Puede darse mayor contradicción?

P. ¿Considera que por medio de nuevas formas lingüísticas “reconquistando”, como dice Octavio Paz, “la plenitud de las palabras adquieran éstas sus perdidos significados y valores” y así resurja la poesía?

R. Crear nuevas formas lingüísticas es muy importante, sobre todo si esas nuevas formas consiguen envejecer, es decir: sobrevivir y son reveladoras de algo que trascienda su novedad. La novedad es, en sí misma, un valor transitorio, efímero. Las cosas nuevas sólo cobran existencia real cuando dejan de ser nuevas. Las tiendas de todo el mundo están abarrotadas de “últimas novedades” saldadas a bajo precio porque tan sólo fueron eso: últimas novedades. Pienso que la poesía, más que de la novedad, resurge de la originalidad.

P. ¿Es la poesía social oportunista o es trascendental? ¿Tendría vigencia en un estado utópicamente perfecto?

R. Por supuesto cualquier arte oportunista no es arte. Sólo el azar puede darle una apariencia de arte. No sé cuál será el futuro de la poesía social: no me siento capacitado para hacer profecías.

P. ¿Ha leído usted la poesía que surgió después del movimiento estudiantil del 68? ¿Qué opina de ella, cree tener relación con ella?

R. Me interesa mucho esa poesía, pero la conozco mal, y no sería justo ni oportuno opinar acerca de ella en esas condiciones.

P. ¿Cuál es actualmente la posición ideológica y afectiva de la joven generación de poetas españoles?

R. La joven generación de poetas españoles, la más joven, aparece con un urgente afán de romper con las actitudes y los esquemas que nos han movido a nosotros. Eso está muy bien, es muy juvenil, los admiro y me interesan por eso: pero hasta ahora, casi sólo por eso.